

Las utopías políticas y la indefensión de los profesionales (I)

La Sala de Actos del Colegio de Médicos de Barcelona estaba llena a rebosar. La mesa, bien surtida de notables especialistas. Transcurrían los primeros años 80 y llevábamos tiempo discutiendo sobre cómo evitar los peligros del insostenible hacinamiento de presos (que en pocos años se habían duplicado).

De entre los que estaban de pie en la sala, la mesa concedió la palabra a una mujer que parecía de clase social más humilde que el resto de los asistentes. Y dijo: **“Ya sé que no se puede decir, ya sé que no se puede decir (repitió)... pero yo tengo un hijo en la cárcel y temo por él, y creo que el problema se solucionaría construyendo más cárceles.”**

Pero el debate continuó sin tener en cuenta la solución de aquella angustiada madre, que fue la que, con el incesante aumento de presos, se tuvo que aplicar.

¿Por qué *no se podía decir* algo tan simple y necesario? ¿Por qué, una vez dicho, **no se pudo tener en cuenta?**

Entonces estaba muy extendida la utopía de que no hacían ninguna falta **ni cárceles, ni policías, ni militares, ni abogados, ni jueces, ni leyes**. “¿Por qué cada cual no puede hacer lo que quiera? ¿Cómo puede un hombre juzgar a otro hombre?”, etc., se decía. Y a los presos comunes se les llamaba **“presos sociales”**, considerando que es la sociedad la culpable.

Es evidente que aplicar esta utopía sería desastroso. Pero **la evidencia del absurdo de unas ideas no es suficiente para evitar que se infiltren incluso en el gobierno de la sociedad**, pues convierten en tabú aquellos razonamientos que chocan con ellas, por lo que no se pueden expresar ni aplicar, como en el caso de aquella madre.

¿Cómo es posible que esto ocurra en una sociedad “libre” y “democrática”? Pues porque los grupos que difunden estas ideas se imponen en su entorno, no por sus argumentos racionales, **sino porque llegan a condicionar la supervivencia en el mismo**. Así, por ejemplo, entonces yo trabajaba en la Universidad y, en mi entorno de trabajo se había formado un grupo bastante mayoritario de profesores jóvenes que celebraban cada vez que mataban un militar o un policía con un alegre **“¡Uno menos!”**. ¿Por qué? Pues porque cuando una idea, o un silencio, se imponen en un grupo, **a muchos les parecen lo más evidente y natural del mundo**. Y les parece **una barbaridad** aquello que los contradiga. Y si la idea **“evidente”** es que no hacen falta ni policías ni militares, ¿qué más bárbaro que serlo? **¿Cómo es posible perdonárselo?** (Por la misma razón, si tampoco hacen falta cárceles, **¿quién puede atreverse a pedir que se construyan más?**)

Intenté buscar apoyo entre profesores de este entorno que no creían en estas utopías, pero reaccionaron diciendo que les agradaba mucho hablar conmigo **a solas**, pero que ellos **necesitaban unos amigos y una mujer** y que, si les obligaba a hablar ante otros, no me

volverían a hablar jamás. Incluso fui advertido de que mis compañeros formaban parte de las Comisiones Económica, de Contratación, etc. y que podían perjudicarme **sin tener que decir por qué**.

En cuanto a los profesores externos al grupo, me decían: **¡Bah! Son unos subnormales, unos imbéciles. ¡No les hagas caso!”**

Pero las ideas que se imponen son aquellas que se repiten, aunque sean tonterías, mientras que las que se callan retroceden, aunque sean evidencias.

Y no es cierto que aquellos que dicen tonterías sean necesariamente tontos, pues las tonterías pueden rendir grandes beneficios, y no sólo en el caso de un cómico profesional.

El cómico gana fama y dinero alegrándonos la vida. Pero estas utopías políticas alegran y dan poder a quienes las difunden o consienten a base de destruir la imagen y complicar la vida a unos profesionales que pueden ver cómo se imponen unas ideas y se hacen unas leyes que son verdaderos sabotajes, capaces de arruinar su trabajo hasta hacerles enfermar. Y hasta aislarles de sus círculos sociales. Una catedrática me decía: **“Yo nunca voy al Partido, pues allí les gusta creer que se puede estudiar sólo jugando, sin esfuerzo, y que hay que acabar con los profesores que suspenden. ¡Ojalá fuera así! Pero yo soy profesora y sé que no es verdad, por lo que oír repetir esto acaba por ponerme enferma”**.

Otros profesores dicen haber **“tirado la toalla”** en el partido en el que militan, incluso con algún cargo, dejando de hablar del tema de la educación. Algo parecido pasa en los sindicatos tradicionales.

Ante estos tabúes y estas claudicaciones, debemos plantearnos si estamos en unas democracias con unos defectos estructurales tales que hacen imposible la libertad de expresión en muchos temas clave, incluyendo los profesionales, con especial incidencia en los funcionarios.

Quienes conocemos nuestra realidad profesional **nos hallamos en minoría** entre aquellos que la desconocen, y que fácilmente son influidos por estas utopías destructoras. Por lo tanto, nuestra capacidad de comunicación queda asfixiada. Así, no sólo nos vemos impedidos para resolver los problemas que nos crean, sino que esta incomunicación es poco favorable para nuestra salud. Algunos especialistas han señalado que es en aquello que no se puede comunicar donde está el origen de la enfermedad mental. Y **nuestros problemas no interesan a los organismos “democráticos”, pues dependen de mayorías engañadas**. ¿Cómo pueden resolverse estas situaciones? Ya lo veremos en el próximo **“Debate”**.

Edip Rei, ap e corr 99064 / 08080 Bcn

<http://edipo.info> <http://antigona.org> tel. 931 636 626

Publicado en **DEBATE PROFESIONAL**, del sindicato CSI-CSIF, **enero de 2004**, Nº 141.